

## ROSAS MARCHITAS EN EL CAMINO

Quisiera volver a la normalidad,  
a aquellos días en los que no me preocupaba  
por distancias de seguridad,  
o volver a abrazar a alguien con naturalidad.

Quisiera volver atrás en el tiempo,  
a los momentos genuinos de felicidad,  
a clases comunes y aburridas,  
en lugar de temer por el que pueda pasar.

Meses enjaulada, presa de mi soledad,  
con tan solo la compañía  
de sirenas de ambulancias  
que se hacían resonar por toda la ciudad.

Meses abrumada, observando sin cesar,  
en las noticias nuevas cifras  
de almas doloridas,  
incapaces de vencer la triste realidad.

Intentando controlar un corazón aterrado,  
que sonríe aunque sea complicado.  
Intentando limpiar las lágrimas cortantes  
que brotan con exceso y no soy capaz de quitarme.

Meses de miedo, preocupación y angustia.  
Siguiendo de cerca los progresos de la ciencia  
pero ¿qué pasa si no funciona?  
¿qué pasa si no se soluciona?

Depositando confianza en profesionales,  
calmando a personas que no se sienten capaces,  
olvidando así mis propios temores,  
centrando mis fuerzas en deberes y obligaciones.

Durante el confinamiento no me sentí las manos,  
no sentí el latido de mi corazón,  
tan solo un nudo en la garganta constante  
que aumentó a medida que todo se volvía más preocupante.

Tras tanta oscuridad durante el camino,  
llegar a la salida parecía hasta imposible.  
Pero explorar de nuevo la calle  
nos hizo ver la verdad con detalle.

El mundo entero paralizado,  
la economía por los suelos,  
la humanidad sumida en un punto tan bajo  
que parecía inviable sacarla adelante.

Pero un resplandor iluminaba mis días,  
no todo estaba centrado en la destrucción:  
plantas y animales en peligro de extinción  
fueron recobrando su brillo y color.

Ciudades tomadas por la naturaleza,  
fábricas paradas sin causar más daño al planeta,  
sin basura ni contaminación,  
la Tierra bombeó de nuevo su corazón.

Mirando atrás, la oscuridad era deseada.  
Pues ahora estaba reemplazada  
por caos y exposición real  
a la pandemia y lo que ella conllevaba.

Rostros tapados por nuestras nuevas compañeras  
pensando que sería temporal.  
Erróneas nuestras creencias, pues años después  
siguen formando parte de nuestra vestimenta habitual.

Manos lastimadas,  
llenas de manchas y quemaduras.  
Por preocuparnos con exceso,  
por temer no poder soportar más peso.

Calles vacías y tiendas cerradas  
sintiendo como si fuesen tierras lejanas e inexploradas.  
Clases abiertas, trabajos en funcionamiento,  
todos distanciados por un mínimo de dos metros.

Necesidad de organización corriendo por nuestras venas.  
Instinto de supervivencia, luchando como hienas.  
Desarrollo de insensibilidad ante situaciones ajenas.

Obligación de seguir adelante a pesar de nuestras penas.

Tras todo lo que el planeta ha vivido,  
tras lo experimentado por la sociedad,  
tras desastres a los que hemos sobrevivido,  
y tras todo lo vivido en nuestra actualidad.

Preguntas fugaces rondaron por mi mente:  
¿Podemos hablar de un futuro con certeza?  
¿Seremos capaces de superar a la naturaleza?  
No obstante decidí ser de nuevo valiente.

Y olvidarme de las rosas marchitas que dejé por el camino  
se convirtió en mi nuevo objetivo.  
Decidí centrarme en aquellas que aún no habían florecido,  
y avanzar poco a poco por aquel destruido camino.

Años de espera y confianza  
nos han llevado a pensar que las restricciones ya no nos hacían falta.  
Nuevos escudos implantados en nuestro cuerpo  
nos han ayudado a sobrellevar todo esto.

Años de cuidado y atención  
nos han aumentado la garantía de salir de esta situación.  
Pues sencillamente ya se puede afirmar  
que el mañana todavía está por llegar.

Un mañana que antes visualizaba en tinieblas y lleno de tormento,  
un mañana de caos y destrucción,  
se ha convertido en la esperanza de luchar por escapar del dolor,  
se ha convertido en mi nueva meta para llegar a ser mejor.

Por un futuro que veo con claridad:  
coches en movimiento, ruidos en la ciudad;  
adolescentes riendo, niños movidos por la curiosidad.  
Un destino con nuestra característica comodidad.

Han pasado ya dos años.  
Experiencias y situaciones arrebatadas de mis manos.  
La mayor parte de mi adolescencia desvanecida ante mí.  
Una parte de mi historia se olvidó y yo lo asumí.

Han pasado ya dos años  
y todavía seguimos aquí,  
en un punto muerto que mata esperanzas  
y desprende un ambiente pesado para mí.

Pues pueden haber pasado años  
y puedo haber crecido o cambiado,  
pero mi mente sigue atrapada en aquella niña  
que reconstruía un corazón amargo y destrozado.

El *futuro* que idealizaba cuando estaba confinada  
no es parecido al *ahora* al que estoy acostumbrada.

El *futuro* al que yo aspiraba  
espera ansioso la hora de su llegada.

Pues esperaba que todo se solucionara  
de la noche a la mañana.  
Quería salir al parque con mis amigas,  
quería recuperar el tiempo, pero ya no podía.

Decidí correr velo,  
olvidando por completo mis anhelos.  
Decidí encerrarme en mi propio interior  
y despertar cuando todo fuera mejor.

Es ahora que he despertado,  
cuando miraba al cielo en busca de una estrella,  
que he vuelto a respirar  
y he dado lo mejor de mí para poder sanar.

Todo igual.  
Todo diferente.  
Un punto medio se forma  
entre estos dos componentes.

Abriendo los ojos por primera vez en años,  
haciendo funcionar de nuevo mi cuerpo.  
Ahora veo lo mucho que hemos avanzado  
y todo el sacrificio que ha costado.

Pero aún queda camino por recorrer,  
aún quedan cosas por ver.  
No creo que volvamos a la normalidad

porque esta es nuestra nueva actualidad.

Un planeta con una nueva actitud ante el peligro.  
Una humanidad concienciada de cualquier riesgo.  
Un lugar donde todos compartimos algo en particular.  
Una generación donde nos hemos dado cuenta de la vida y su fragilidad.

Buscando desesperadamente afecto,  
antes de que vuelva a suceder algo nuevo  
que nos vuelva a perjudicar  
y que no nos deje vivir con tranquilidad.

El momento actual ya lo conocemos,  
ya sabemos cómo actuar.  
Pero ¿qué pasa con los próximos días?  
¿Qué seremos, qué habrá y cómo deberemos actuar?

Hemos llegado a un punto de estabilidad  
donde cada vez todo se facilita más.  
Hemos alcanzado la mayor normalidad a la que podemos aspirar,  
rodeados durante tanto tiempo por dolor sin piedad.

Ahora solo queda esperar.  
Esperar a que nada se vuelva a desviar;  
esperar a que nadie lo vuelva a arruinar:  
tan solo seguir viviendo sin miedo a la realidad.

Ojalá esto termine y así dejar de temblar.  
Me gustaría ser capaz de volver a ver  
las sonrisas de las estrellas,  
aunque algunas solo se puedan imaginar.

“Lo máximo que puede llegar a cambiar  
es el respeto por las normas de seguridad.  
Todo se encenderá y abrirá  
y las precauciones tan solo serán una guía más.”

En plena adolescencia he descubierto que eso no es verdad.  
Todo puede mejorar.  
Con un objetivo en común lo podemos frenar.  
Podemos recuperar nuestra vida de tiempo atrás.

Ya no recuerdo quién era,  
todo esto me ha hecho cambiar.  
Miro hacia el horizonte  
y me emociono al recordar que estaré un día más.

Todo el planeta en conjunto ha sufrido,  
y hemos hecho lo imposible por salir de la negrura.  
Por el momento nuestros esfuerzos han servido de ayuda,  
pero a veces creo que nada tiene sentido.

¿Por qué no mejora la situación tras tanto tiempo?  
Mi cuerpo está cansado de no sentir un gran movimiento.  
¿Qué estamos haciendo mal?  
¿Por qué esto ha tenido que pasar?

Cada día se centra en continuar.  
Cada persona me ayuda a olvidar.  
Cada risa me calma por dentro.  
Cada latido es cada vez más lento.

Nos esforzamos por fingir que está todo bien,  
distrayéndonos con cualquier ridiculez.  
Nos esforzamos en vivir el momento  
y en dejar algunas cosas pasar.

Para no caminar hacia atrás.  
Por seguir hacia delante y avanzar.  
Esperando renacer algún día y recuperar el brillo  
que no recuerdo haber apagado con tanto sigilo.

Toda esta historia de la pandemia nos ha descolocado,  
a niños, a adultos, adolescentes y ancianos.  
Todos nos preguntamos cuál será el desenlace  
y dejar el miedo intacto en donde yace.

No sé cómo será el final de la historia;  
y no sé que puede llegar a pasar,  
pero de una cosa sí estoy segura  
y es que juntos lo vamos a superar.